

3º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 1,14-20.

Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. Decía:

-Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios: Convertíos y creed la Buena Noticia.

Pasando junto al lago de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés, que eran pescadores y estaban echando el copo en el lago.

Jesús les dijo:

-Venid conmigo y os haré pescadores de hombres.

Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.

Un poco más adelante vio a Santiago, hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca repasando las redes. Los llamó, dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon con Él.

¡CRISTO VIVE EN MI!

Cuando se pierde el sentido religioso de la vida, **«la oscuridad se apodera de la mente»** de las personas. Hoy **«falta luz»** en muchas vidas. Quizás sea esta falta de luz una de las características más llamativas de nuestra sociedad. Líderes políticos, pensadores, gente sencilla... que en realidad no sabe **«cómo encaminar su vida ni la vida de los demás»**. Y es que hoy resulta difícil encontrar **«un apoyo para caminar»** por la vida si prescindimos de Dios o de los valores que Él representa.

¿A qué dejamos reducida la vida sin Dios? El Salmo 90,10 nos puede dar alguna luz sobre qué supone vivir sin Dios: **«Aunque uno viva setenta años y el más robusto hasta ochenta, la mayor parte son fatiga inútil, porque pasan aprisa y vuelan»**.

El pasaje del Evangelio que hoy leemos y que describe los comienzos de la actividad pública de Jesús, podemos distinguir tres partes: la **«actividad»** de Jesús, su **«mensaje de conversión»** y el **«seguimiento»** de cuatro discípulos.

Jesús comienza su predicación en Galilea, la región que ahora diríamos que era la más descristianizada. De allí saldrán la mayoría de sus discípulos, sólo uno de los doce era de Judea, Judas el traidor. Los primeros destinatarios de su predicación iban a ser los que, con nuestra lógica, menos podrían entender su mensaje, los paganos. Pero será a través de estos paganos como la predicación de Jesús se dirigirá a todas las naciones.

El mensaje de Jesús se puede resumir en que **«está cerca el Reino de Dios»**, un Reino que se contrapone a todos los demás reinos o poderes humanos que pretenden un dominio sobre las personas. Un Reino que expresa **«el deseo de que Dios reine en el corazón de todas las personas»**. Un Reino que comenzó con Jesús y que **«nos pide la conversión»**.

Jesús **«llama personalmente»** a unos hombres, a unos pescadores, y les pide que se vayan con Él. Jesús debía **«inspirar confianza»**. En su modo de hablar y de actuar había algo que **«merecía la pena»** y ellos **«lo dejan todo y le siguen»**. Serán testigos del Reino de Dios **«con sus vidas»**. Ser discípulo significa olvidarse de sí mismo y seguir a Jesús. Sólo Él puede ser su norma de actuación. El testigo, el apóstol, no busca nada para sí, simplemente **«conducir a Jesús»**.

«Está cerca el Reino de Dios: Convertíos y creed la Buena Noticia», es el centro de gravedad del presente Evangelio. Jesús interpreta su misión como la llegada del Dios que salva. No le preocupan las estructuras de la institución religiosa, siempre secundarias y relativas, sino **«la esencia de la actitud religiosa»**, que no es otra cosa que **«descubrir en la vida cotidiana las indicaciones de ese Dios que está en nuestro corazón conduciendo nuestra historia»**.

La conversión nace como respuesta a un encuentro con Jesús que **«cambia nuestro modo de vivir»**. Supone la fe. Es un cambio radical, un paso, sin calcular las consecuencias, **«del egoísmo al amor»**, de la defensa de los propios privilegios a la solidaridad más radical. La esencia de la conversión no es sólo apartarse del mal, sino **«aceptar enteramente la voluntad de Dios»**, **«confiar en Él»**, esperararlo todo de Él, como niños.

La conversión arranca del **«descubrimiento del amor total de Dios»** a todas las personas **«manifestado en Jesús de Nazaret»**. Este es el acontecimiento que tenemos que aceptar, del que tenemos que fiarnos y por el que tenemos que dejarnos modelar.

La conversión es como un segundo nacimiento. Es el nacimiento a un mundo de **«valores nuevos»**, un nacimiento que no se logra, sin más, con el bautismo de agua ni con la consagración religiosa o sacerdotal. La conversión afecta **«a lo más íntimo de la persona»**.

La conversión que nos trae la venida del Reino de Dios no es ayunar, ni cubrirse de ceniza. Estos gestos pueden ser expresión de una verdadera conversión, pero la conversión que nos pide Jesús es el **«abandono, tanto de nuestras mediocridades y mezquindades, como de nuestra despreocupación por los demás»**. Es un abrirnos a la salvación de Dios **«cumpliendo siempre su voluntad»**, un ejercicio de libertad que da plenitud a la vida.

La conversión al Reino **«nos exige amar»** hasta ser capaces de **«perdonar siempre»**, ser libres hasta **«hacernos servidores de todos»**, hacer nuestras las alegrías y esperanzas, las tristezas y angustias de los demás. **«Saber complicarnos la vida para aliviar la vida de los demás»**

Convertirse exige **«abandonar todo lo que nos esclaviza»** para encontrar la verdadera. Se hace realidad siguiendo a Jesús, conociéndolo, escuchándole y fiándose de Él.

Hay una presencia, un misterio, un tesoro oculto en este mundo y en cada persona. **«Nuestra vida cambiará por completo cuando empecemos a descubrirlo»**. El contenido del pregón inicial de Jesús es el mismo que el de Juan Bautista. En Juan, el acento recaía en la palabra **«conversión»**, mientras que Jesús enfatiza **«está cerca el reino de Dios»**, que es una frase de alegría, de felicidad, porque Dios nos ama, porque la esperanza del mundo está cerca, **«está dentro de todos y de cada uno de nosotros»**.

El Reino de Dios viene y no puede ser detenido. Pero aún no llega en toda su plenitud. Lo tenemos delante, a la puerta, su cercanía es amenazadora y agradable al mismo tiempo. Amenazadora, porque nos compromete a una vida entregada a los demás y agradable, porque **«sólo esa vida puede hacernos felices»**.



El Reino de Dios no dominará ni forzará ni a las personas ni a los pueblos. **«Dios llega cuando es esperado, buscado y aceptado»**. A la Palabra de Dios tenemos que **«responder las personas»**. Y cuando esto ocurre la vida cambia y cuando haya sucedido estaremos en el Reino.

Deberíamos preguntarnos ¿Estamos dispuestos a convertirnos? **«¿Estamos dispuestos a dejarnos cambiar por Jesús?»** Ojalá podamos llegar a decir:

Hablo, pero no soy yo el que habla. Escribo, pero no soy yo el que escribe. Amo, pero no soy yo el que ama. Respiro, pero no soy yo el que respira. Vivo, pero no soy yo quien vive... Como diría el apóstol Pablo a los Gálatas: **«Ya no vivo yo, pues es Cristo el que vive en mí»** ¡Que así sea!